

SOFISTICA Y DEMOCRACIA:

LA DESACRALIZACION DE LA PALABRA

Luis Carlos Restrepo R. *

RELATIVIZACION DE LA VERDAD

La verdad, en el mundo arcaico, es ininteligible fuera de un sistema de representaciones religiosas, estrechamente ligadas a la alabanza, al relato litúrgico y a la función de soberanía. Mediada por un conjunto de actos y gestos rituales, la verdad, en la simbología mágico-religiosa, es un determinado tipo de palabra pronunciado bajo circunstancias específicas por parte de un personaje investido de funciones precisas para hacerlo. Su enunciación es producto de un conjunto de valores simbólicos que en ella convergen, portadora de una fuerza religiosa que obra en virtud de su propia eficacia (1).

Al enunciar la verdad *-alétheia-*, la voz obtiene su fuerza del comportamiento gestual, integrando-

se palabras y gestos en un solo movimiento. Palabra eficaz que es concebida como parte de la *physis*, como naturaleza que se realiza alzándose en un imperio que reina por fuera del tiempo. La potencia de la *alétheia* depende de la *pistis*, confianza que sella un acuerdo necesario y apremiante para permitir que aquella incida en las relaciones que tenemos con los otros, asegurando la disposición psicológica de los grupos e individuos a validar su eficacia. Es la *pistis* la que permite la seducción y persuasión *-peitho-* que experimentamos, permitiendo a la palabra que se solidarice con todo nuestro sistema de pensamiento, tornándose eficaz en la vida material y social. Esta unidad mágica de la enunciación lingüística con su universo de realización, empieza a ser

(1) DETIENNE, M. *Los maestros de la verdad en la Grecia arcaica*. Madrid: Taurus, 1983.

* *Psiquiatra, filósofo. Profesor Facultad de Psicología. Universidad Javeriana*

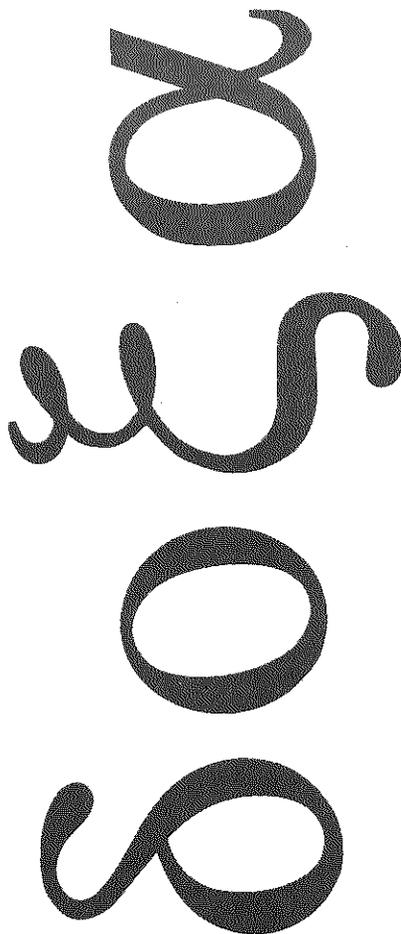
cuestionada a partir de la secularización de la palabra que va a construir en Grecia una imagen de verdad sustentada en el diálogo y la comunicación de carácter igualitario. Durante los siglos VII y VI se operó en las prácticas institucionales de tipo político y jurídico un proceso de secularización de las formas de pensamiento que la sofística, en el siglo V A.C., se dedicó a perfeccionar. Tanto en la milicia como en la poética es posible constatar esta modificación social en el uso de la palabra, cambios que confluirán en la experiencia democrática.

APERTURA AL KAIROS

Es en las asambleas militares donde por primera vez se da valor a la palabra como manera de ganar el asentimiento y la adhesión. En ellas, la palabra es un bien común *-koiné-* depositado en el centro. Es en el medio de los guerreros profesionales donde se esboza por primera vez el valor de la *isonomía*, del espacio centrado y simétrico donde no existe dominación unívoca. En las deliberaciones se genera la costumbre de ocupar el centro *-meson-* cuando el orador se refiere a los intereses colectivos. Después, esta experiencia prepolítica tendrá su expresión en el *agora*, lugar céntrico de la ciudad donde transcurrirá la vida política.

La retórica y la sofística serán instrumentos culturales para formular en un plano racional una teoría de la ambigüedad, a la vez que enseñan a actuar con eficacia sobre ella. Orientadas a lo movedido, enfrentan a la esfera política, que es el terreno propio de la ambigüedad, campo en que los sofistas se parecen más al médico o al navegante que al filósofo ideado por Parménides que reivindica la inmovilidad de la *episteme* frente a la movilidad de la *doxa*.

La sofística integrará al ámbito del pensamiento racional la dinámica mítica de las potencias dobles y ambiguas, sujetas a transformación. De este modo se aleja de la *aletheia*, la verdad religiosa, para adentrarse en el terreno de la *doxa*, que, como dirá Aristóteles, es el único modo de aproximación auténtica a las cosas que nacen y perecen. De allí la importancia que darán los sofistas a la circunstancia, al *kairos*-ocasión-. La *doxa*, saber inexacto sobre lo inexacto, conocimiento volcado a la ambigüedad y a la situación, es la materia sobre la que trabaja ese artesano de la palabra que es el ciudadano ateniense, al que dirige el sofista su acción educadora.



PALABRA E ILUSION

En los orígenes de la civilización occidental, Simónides de Ceos y los sofistas prefiguran el campo problemático de la imagen y la palabra que hoy provoca a los pensadores posmodernos. Poeta contratado, vuelto hacia el mundo de la ciudad, Simónides presta sus servicios de manera itinerante. Al igual que los sofistas, que cobraban por sus enseñanzas -como lo hace cualquier profesor o intelectual contemporáneo-, Simónides da un giro en la tradición poética al convertir su arte en un oficio y componer poemas por una suma de dinero. Concibe el arte como un ejercicio de ilusión que es mejor cuanto más engañe, haciendo que las cosas se parezcan a lo verdadero, afirmando, de manera tajante, el carácter artificial de la palabra poética, aclarando que es apenas imagen de la realidad.

En el momento en que el hombre griego descubre el poder de la imagen *-eikon-* y la *mimesis*, adentrándose en una teoría de la representación, Simónides es un vivo ejemplo del proceso de secularización y desvalorización de la verdad religiosa y la palabra sacralizada. «Simónides -dice M. Detienne- no es solamente testigo del declinar de la *alétheia*, lo es antes bien de una corriente de pensamiento que concede privilegios a la *apaté*. Cuando define el arte del poeta como un arte de ilusión cuya función es seducir, engañar suscitando imágenes a los seres huidizos que son ellos mismos y algo más que ellos mismos, Simónides prefigura uno de los grandes caminos que dividen la historia de la problemática de la palabra... Simónides anuncia al sofista. En sus poemas cultiva las antítesis, jugando con la ambigüedad de la palabra» (2).

(2) DETIENNE, M. *Op. Cit.*, p. 121.

En la tradición de la lírica coral, Simónides es el primero que compone himnos para alabar a los hombres y celebrar a los vencedores de los juegos, superando el estrecho marco de los cantos a los dioses. Es pionero también en elevar alabanzas a los ciudadanos muertos, contribuyendo al proceso por medio del cual el lamento funeral cantado es sustituido por el solemne discurso fúnebre. Siembra así las semillas para un arte que el sofista dominará a la perfección: la *epideixis* o discurso propio de las grandes fiestas nacionales, campo en el cual el orador disputa su lugar tradicional al poeta lírico-coral.

PALABRA Y CIUDADANIA

En Simónides es clara la crítica al ideal aristocrático. El ideal homérico es sustituido por la pertenencia a la polis. *Polis ándra didaskei* (3) afirma, dando a entender que es la ciudad la que educa y hace al hombre, reivindicando frente a un conocimiento excepcional, privilegiado y religioso, otro de tipo político.

A diferencia de la palabra mágico-religiosa que instituye un mundo de fuerzas, imágenes y potencias que trascienden a los hombres, la nueva verdad que toma lugar en el espacio ciudadano se asienta en un ejercicio deliberativo, público, que obtiene su fuerza del asentimiento del grupo social. Con la secularización de la palabra, *pistis* y *peitho* -la confianza y la persuasión- dejan de ser un asunto sagrado para convertirse en problema político de primer orden. De ser condiciones de posibilidad del culto, pasarán a ser instrumentos de la actuación pública fundamentales para la experiencia democrática. Al convertirlos en motivo de sus deliberaciones, la sofística culmina un largo proceso por medio del cual la palabra sale de la esfera de eficacia mágica característica del mundo arcaico para

convertirse en palabra diálogo, en útil político por excelencia, en instrumento privilegiado de unas relaciones sociales que ya no se desenvuelven bajo la tutela de lo simbólico-religioso.

El sofista es el primer ciudadano que asume a plenitud las consecuencias que se derivan de su condición. Sin ataduras a la tierra donde ha nacido, se levanta contra la propuesta eleática de una esencia absoluta, inmutable y sólo accesible al pensamiento. Frente al particularismo político en que se enfrascaban con frecuencia los helenos, el sofista encarna el cosmopolitismo, entendiendo la ciudadanía como producto de las leyes positivas y no como algo derivado de la naturaleza. La ciudadanía, para él, es fruto de la convención y el artificio.

Al separar el conocimiento religioso de la competencia política, los sofistas pudieron hacer un cuidadoso estudio teórico de la naturaleza del Estado y de la sociedad, planteándose además el problema del origen y la validez de las normas morales aceptadas. Pero como el derecho terrenal encontraba sus raíces en el derecho divino, era imposible poner en duda el conocimiento acerca de los dioses sin insinuar una crítica al *nomos*, abriendo un abismo entre las leyes del Estado y las leyes cósmicas. De esta manera se ahondó la desligazón de los hombres de sus dioses tutelares y geográficos que acompañó al cosmopolitismo intelectual, considerándose a la sociedad no tanto un estatuto sancionado por el orden divino como un producto de la conven-

(3) Simónides, *Fr.* 53.

UNIVERSITAS
Humanística

SOFISTICA Y FILODOXIA

Dejando atrás la reflexión sobre la naturaleza, los sofistas de la primera generación se centrarán en el estudio del hombre y los problemas relacionados, explorando a fondo el poder irresistible de la palabra. En un texto clásico, Gorgias la compara con un cuerpo invisible que sugestiona al alma, originado en ella un poder similar a la fuerza irresistible del destino. «La palabra -dice en su *Elogio de Helena*- es un poderoso soberano, que con un pequeñísimo y muy invisible cuerpo realiza empresas absolutamente divinas. En efecto, puede eliminar el temor, suprimir la tristeza, infundir la alegría, aumentar la compasión... Las sugerencias inspiradas mediante la palabra producen el placer y apartan el dolor. La fuerza de la sugestión adueñándose de la opinión del alma, la domina, la convence y transforma como por una fascinación».

La influencia dejada por la reflexión sofística en la vida espiritual griega fue determinante para modificar la concepción religiosa, filosófica y política del mundo antiguo. Las ideas tradicionales que fueron confrontadas nunca más volvieron a ser las mismas y las dudas planteadas no han podido acallarse hasta la actualidad. En el campo religioso, la concepción griega del mundo vigente desde la época arcaica se resquebrajó, dejando en muchos la sensación de una descomposición que destruyó los fundamentos necesarios de la convivencia humana. Para otros, la emergencia sofística aparece como el más audaz avance del espíritu humano, capaz de abandonar el refugio de la tradición para renovar valores anquilosados.

En la antípoda de las sectas religiosas y de los medios filosófico-religiosos, primero Simónides y después los sofistas convertirán la memoria en una

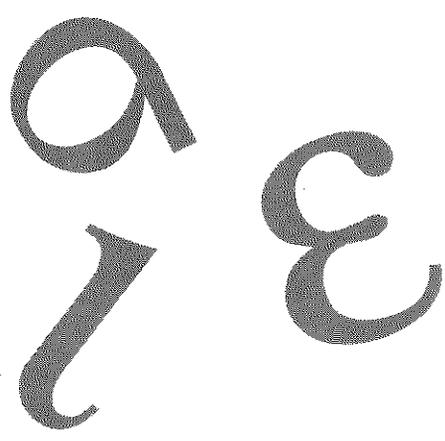
técnica secularizada, atribuyéndose al primero haber inventado algunas letras del alfabeto para mejorar la notación escrita. La escritura, lejana ya de las estructuras económico-sociales de acumulación propias del mundo micénico, es ahora un instrumento de publicidad. La *alétheia* se contrapone a la *doxa*, a la que se relaciona con la *apaté* -engaño-, con el pensamiento doble y ambiguo, con los aparatos de ilusión contra los que habrá de reaccionar de manera tan fuerte Platón en *La República*.

La *doxa*, a diferencia de la *alétheia*, es frágil e inestable, motivo por el cual quien la sigue no alcanza más que posiciones en desequilibrio. Pasamos de una *doxa* a otra por efecto de seducción o persuasión, pues las caracteriza ser huidizas y ambiguas, cambiando dependiendo de la ocasión, del *kairos*, del tiempo de la acción humana.

Los *philodoxi* se complacen en lo bello, preocupados por cosas intermedias que participan a la vez del Ser y el No-Ser. Asuntos a la vez luminosos y oscuros, terrenos en los que cada término está flanqueado por su contrario, suscitando su síntesis una especie de vértigo. Su campo de actuación es el ejercicio de la palabra, colocándose a mitad de camino entre el filósofo y el político. Son famosos por sus análisis lingüísticos y por su utilización de los *dissoi logoi* o «discursos

ción, perspectiva que llevaba en consecuencia al relativismo axiológico. Roto el vínculo que unía los dioses con las leyes, a la política con la divinidad, se abre paso una visión de la moralidad pública que haría carrera en la tradición doxográfica bajo el nombre de «teoría de la ocasión», cuya autoría atribuyen los comentaristas a Gorgias de Leontini. Dada la inexistencia de leyes morales universalmente válidas, la conducta moral depende de la habilidad para saber elegir en cada situación concreta la norma aplicable a la misma. Para Gorgias la moral es circunstancial, por lo que cada agente tiene que percibir lo que es oportuno o no, configurándose una moral no de principios sino de ocasión. La virtud preferida por estos especialistas de la acción política es la *phrónesis* -prudencia-, necesaria para quien se orienta a la contingencia.

Los sofistas son los más claros representantes de la época de emergencia del pensamiento occidental, llegando su actitud a contrastar violentamente con el espíritu religioso de la antigua educación helénica, que tenía su modelo de identidad en la tradición transmitida por Hesíodo y Homero en sus obras inmortales. Es comprensible entonces que fueran blanco fácil de acusaciones de impiedad y que su audacia les llegara a costar un severo juicio histórico.



dobles», abriéndose de manera plena al mundo de las antinomias. Alimentándose de la práctica jurídica, muchos de sus razonamientos son de índole apagógico, es decir, razonamientos por reducción al absurdo *o diá adynátou syllogismos*. Esta relatividad de perspectivas en la enunciación de los juicios se convertía, por momentos, en la capacidad de sostener dos tesis contrarias entre sí, haciendo *tón étto lógon kreitto poieín*, es decir, del peor argumento el mejor.

Desde el punto de vista lógico afirmarán que toda posición es relativa, motivo por el cual un juicio en que se afirme un predicado de un sujeto sólo será válido bajo una determinada relación, tornándose un argumento bueno o malo dependiendo del aspecto desde el que se lo juzgue o mire. Consideran los grandes sofistas que la sensación -única forma de conocimiento que admiten- se transforma constantemente en función, ya del objeto sentido, ya de las disposiciones del sujeto sentiente. El ser es fluyente y, el alma, un manojito de sensaciones. Las representaciones cambian según las diferentes dispo-

siciones del sujeto, admitiendo su pluralidad, lo que no le impide establecer que unas de ellas son más convenientes que otras, pero en modo alguno que son más verdaderas.

El relativismo sociológico está acompañado en los sofistas de un relativismo lingüístico. El lenguaje es producto de la convención social, por que la naturaleza no asigna nombre a ningún objeto. Los nombres no son, en relación a la cosa que designan, ni una imagen ni una copia, no existiendo entre la palabra y la cosa nombrada una afinidad de naturaleza. Esto no quiere decir que el signo lingüístico quede a merced o arbitrio de cada hombre individual. No. Se trata de una construcción de la colectividad, motivo por el cual no es posible ir contra el uso establecido en materia lingüística por el grupo social, aunque pueda parecerse inexacto. Al hacerlo, no sólo cometeríamos faltas contra el lenguaje sino contra los usos sociales. La polis es la medida del lenguaje que en ella se usa.

Peca de facilismo imperdonable quien pretenda calificar la actitud de los sofistas de «antisocial» (4). su relativismo axiológico no les permite estar

en paz con el **nomos**, entendido como tradición o Ley del Estado. Sucede en este caso que hacemos eco de antiguos temores despertados ante la postura de relatividad axiológica, repitiendo, sin crítica alguna, los argumentos de Platón y Aristóteles, quienes reaccionaron con violencia ante el desborde vivencial y lingüístico de los sofistas.

Es curioso constatar que toda la filosofía, en sus raíces socráticas y cristianas, no es más que un intento por opacar y silenciar este primer escándalo del pensamiento. Históricamente configura como reacción al primero, cuando el cristianismo reinserte la fe en el corazón de la Razón, proceso que culminará en la modernidad con la afirmación metafísica del sujeto. Y como el movimiento de las ideas parece ir de escándalo en escándalo, en la actualidad estamos viviendo un tercer momento, cuando la filosofía declara disuelto al sujeto, constatándose un renacer de los planteamientos sofísticos.

(4) Una opinión en tal sentido: GUTHRIE, W. *Los filósofos griegos de Tales a Aristóteles*. F.C.E.: México, 1967, P. 103.

